

# Marx y la revolución copernicana

(Contribución a la filosofía marxista española a partir de  
*El orden de El capital* de Carlos Fernández Liria  
y Luis Alegre Zahonero)<sup>1</sup>

Luis S. VILLACAÑAS DE CASTRO

Universitat de València

## 1. Las formas fenoménicas; o por qué es tan difícil ser marxista

1.1. Tanto en su “Defensa de tesis en Amiens” de 1975 (texto también conocido por el subtítulo “¿Es sencillo ser marxista en filosofía?”) como en otros tantos escritos de antes y de después (*Curso de filosofía para científicos*, *Ensayos de auto-crítica*, “Transformación de la filosofía”), Althusser se hizo eco de una curiosa imagen leninista. Con ella vamos a empezar esta discusión. Se trata de la metáfora de la *curvatura del bastón*, que Lenin originariamente empleó en 1903, en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia; en concreto durante su “Discurso sobre el programa del Partido”, en sesión celebrada en Londres el 22 de Julio (o 4 de agosto por el calendario occidental). La formulación original fue la siguiente: «Sabemos que los economistas han doblado el bastón de un lado. Para ponerlo derecho alguien debía doblarlo del otro –y eso es lo que he hecho. Estoy seguro de que la socialdemocracia rusa será capaz siempre de enderezar cualquier bastón que haya sufrido la desviación oportunista, y que nuestro bastón se mantenen-

---

<sup>1</sup> *Advertencia*. Este texto fue concebido para constar de tres partes, si bien la última no ha podido ser incluida para no exceder los límites de espacio marcados para un artículo de este tipo. En muy pocas ocasiones se hará referencia, sin embargo, a la parte que el lector no encontrará; el artículo disfruta así de suficiente autonomía, si bien la sección restante participa necesariamente de su proyecto unitario. De todo ello nos disculpamos por adelantado y remitimos al lector al párrafo final del texto.

drá siempre recto y listo para llevar a cabo las acciones oportunas».<sup>2</sup> Setenta años después, en su defensa de Amiens, Althusser daba a la expresión el giro siguiente:

Como se sabe, unos años después de *¿Qué hacer?*, y para responder a críticas dirigidas contra sus fórmulas, Lenin replicó con la curvatura del bastón. Cuando un bastón está curvado en el mal sentido, decía Lenin, para enderezarlo (es decir, para que vuelva a estar y se mantenga derecho) primero es necesario curvarlo en el sentido opuesto, infligirle por la fuerza desde la empuñadura una curvatura contraria persistente. Esta fórmula sencilla contiene, según mi criterio, toda una teoría de la eficacia de lo verdadero, profundamente anclada en la práctica marxista. Al contrario que toda la tradición racionalista, que sólo necesita una idea recta para rectificar una idea curva, el marxismo considera que las ideas sólo tienen existencia histórica en la medida en que están apresadas en la materialidad de las relaciones sociales e incorporadas a éstas. Por detrás de las relaciones entre las meras ideas existen, pues, relaciones de fuerza que determinan el hecho de que tales ideas estén en el poder (esto es lo que, para abreviar, se denomina ideología dominante) y que otras ideas se encuentren sometidas a ellas (esto es lo que se denomina la ideología dominada) hasta que la relación de fuerza cambia. Como consecuencia de esto, incluso en este dominio aparentemente abstracto que lleva el nombre de filosofía, se trata de cambiar las ideas históricamente existentes; no cabe contentarse con predicar la verdad desnuda y esperar que su evidencia anatómica “ilumine”, como decían nuestros antepasados del siglo XVIII, las mentes; estamos forzados, en la medida en que es necesario forzar al cambio a las ideas, a reconocer la fuerza que las mantiene en estado de curvatura, imponiéndoles, mediante una fuerza contraria que anule la primera, la curvatura contraria que se necesita para enderezarlas.<sup>3</sup>

La historia del siglo XX en los países del socialismo real acabaría justificando juegos de palabras a partir de esta fórmula. Por ejemplo, no parece que al marxismo soviético le importase demasiado que su bastón estuviese recto o curvo mientras sirviese para *dar palos*, pues *palos* fueron, en la mayoría de los casos, esas «acciones oportunas» a la que se refiere Lenin. Con Stalin, la necesidad a la que se alude —haría falta violentar el bastón en sentido contrario para poder enderezarlo— se habría convertido en una excusa para legitimar la brutalidad más absoluta, el exceso y la falta de rigor completos, tanto en la práctica como en la teoría. Quedaría así sobradamente probado que las palabras de Lenin podían pervertirse fácilmente hasta el punto de defender que todo golpe, toda acción o todo palo (por muy desviados que estuvieran) en realidad habían dado en el clavo. No es éste un problema

<sup>2</sup> V. I. Lenin, “Discurso sobre el programa del Partido”, citado por Lars T. Lih, en “Introduction”, *Lenin Rediscovered: What is to Be Done?*, Haymarket Books, 2008, p. 27. Mi traducción desde el inglés. Otra traducción inglesa de la totalidad de las actas del II Congreso de 1903 se puede obtener en [www.marxists.org/archive/lenin/works/](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/).

<sup>3</sup> Louis Althusser, “Defensa de tesis en Amiens (¿Es sencillo ser marxista en filosofía?)”, trad. cast. de Alberto Roies, *Posiciones*, Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 133-134.

aislado en la tradición marxista. Sabemos que la crítica que Karl Popper le hizo fue en esta misma línea, si bien tuvo por objeto sus problemáticos criterios de cientificidad;<sup>4</sup> por su parte, Hans Kelsen repetiría el mismo diagnóstico para denunciar a un derecho soviético que claudicaba siempre ante la política y su pretendido recurso a la *objetividad fáctica*, en perjuicio de la *objetividad jurídica*. Y es que, según el fundador de la teoría pura del derecho, era necesario respetar y mantener la autonomía de esta última.

Lo cierto, sin embargo, es que el propio Althusser fue consciente de este peligro interno a la doctrina, al que nos estamos refiriendo: «Subsiste el hecho», comenta, «de que al curvar el bastón en el sentido contrario se corre un riesgo: el de curvarlo demasiado o demasiado poco, riesgo de toda filosofía. Porque en esta situación en la cual operan fuerzas y opciones sociales que no es posible estimar con certeza, no existe ninguna instancia capaz de dirimir la cuestión».<sup>5</sup> El problema es que Althusser con ello no explicita las nefastas consecuencias que el método de la curvatura del bastón podía traer consigo cuando el poderosísimo aparato de un estado era quien la llevaba a la práctica, y cuando sus medidas las dictaba (como sucedía en la URSS) la filosofía. «Lo que reina en lo que se llama comúnmente la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», decía Lacan, «es la Universidad».<sup>6</sup>

De todo esto, al menos podemos concluir un peligro: gracias a la estrategia de la curvatura del bastón, el marxismo soviético podía demasiado fácilmente dar *palos de ciego* a la vez que decía mantenerse fiel a los dictados presuntamente científicos de su doctrina marxista. Por eso, como metáfora, la imagen se presta tan bien para ilustrar la problemática entre la teoría y la práctica del marxismo, y sobre todo para describir el automatismo violento en el que derivó durante el periodo estalinista. Lo mismo sucede, por cierto, con la *imagen del péndulo*, la cual denota que la única manera de encontrar el equilibrio estriba en empujar cada vez desde un extremo, fuertemente, ora a la izquierda, ora a la derecha. Así se ha descrito, por ejemplo, el proceder político en la China maoísta.<sup>7</sup> Péndulo o bastón, ambos casos pueden ponerse en relación con la vulgata *dialéctica* y su juego de la síntesis de los contrarios, con la especificidad de que Mao y Stalin acabaron dando por supuesto que sus golpes radicales y extremos participaban a priori de una síntesis que avanzaban de forma necesaria.

<sup>4</sup> Cfr. Karl Popper, "Science: Conjectures and Refutations", *Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1974, pp. 35 y ss.

<sup>5</sup> Louis Althusser, *loc. cit.*, p. 135.

<sup>6</sup> Jacques Lacan, "Analiticón", *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17. El reverso del psicoanálisis 1969-1970*, trad. cast. de Enric Berenguer y Miquel Bassols, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1992, p. 221.

<sup>7</sup> John King Fairbank, *The Great Chinese Revolution 1800-1985*, Harper Perennial, New York, 1987, p. 353: «Las oscilaciones entre los extremos de la política han sido una especialidad china. Por ejemplo, en las campañas de la era maoísta una nueva línea de acción se emprendía con tanto vigor que inevitablemente producía excesos, excesos que habría de corregir una nueva campaña».

Pero lo que me interesa subrayar es que, independientemente de los abusos a los que haya podido dar lugar, la metáfora de la curvatura del bastón contiene «toda una teoría de la eficacia de lo verdadero, profundamente anclada en la práctica marxista», como ha avanzado Althusser. Hemos visto con qué facilidad la fórmula de la curvatura del bastón se convierte en una caricatura, y muestra un lado siniestro y autoritario; ahora me gustaría proponer que esta imagen, sencilla como es, incluye también un importante descubrimiento marxiano. Esto no es contradictorio. Antes bien, creo que tal es el difícil equilibrio en el que se despliega la teoría de Marx; una teoría en la cual el más terrible de los riesgos se relaciona –como veremos– con un descubrimiento científico revolucionario. Por eso las desviaciones totalitarias del socialismo real no fueron casualidad; porque el peligro de la violencia más extrema –el riesgo de que uno se pase la vida entera dando golpes, sin enderezar jamás ni el palo ni la realidad– forma parte del marxismo, y de su horizonte conceptual. Esto es, corresponde a la propia naturaleza de aquello que Marx descubrió científicamente. Pero hablo de un *riesgo*, no de su actualización. También la democracia parlamentaria (o burguesa) tiene sus propios riesgos, y quien más y quien menos trata hoy de evitarlos. Del mismo modo, el reto de toda acción política que tome la teoría marxista como punto de partida será el de aplicar su descubrimiento revolucionario sin actualizar este riesgo en la realidad –pues la presencia del riesgo es ineludible, pero no lo es la presencia de aquello que lo actualice.

1. 2. Para defender esta posición, me baso en la tesis de que la fórmula de la curvatura del bastón se relaciona con la problemática de las *formas fenoménicas* [*Erscheinungsformen*], tal y como Marx las encontró funcionando en el modo de producción capitalista. Considero que se trata de su descubrimiento científico fundamental. Que, además de esencial, remita a un asunto complejo, lo demuestra el hecho de que Hans Kelsen manifieste hacia estas formas la más profunda incompreensión, una confusión que se hallaría en el origen de muchas de sus críticas mal dirigidas al planteamiento marxiano.<sup>8</sup>

Tres son las formas fenoménicas de las que se habla en *El capital*, como sabemos (de ahí que Marx aluda a la *fórmula trinitaria* que rige el pensamiento económico burgués): «capital-ganancia [...], tierra-renta del suelo, trabajo-salario»<sup>9</sup>. En otras palabras: «que al capital parece corresponderle (por derecho propio) una ganancia o un interés, al trabajo parece corresponderle (por derecho propio) un salario y a la tierra parece corresponderle (por derecho propio) una renta».<sup>10</sup> Con esto hago la primera incursión en el importante libro, *El orden de El capital*, al cual per-

<sup>8</sup> Cfr. Hans Kelsen, *The Communist Theory of Law*, Stevens & Sons Limited, Londres, 1955, p. 17.

<sup>9</sup> Karl Marx, *El capital* (Libro III-Tomo III, cap. XLVIII), trad. cast. de Vicente Romero García, Akal, Madrid, 2007, p. 265.

<sup>10</sup> Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero, *El orden de El capital*, Akal, Madrid, 2010, p. 510.

tenece la anterior cita, y algunas de cuyas ideas han motivado este ensayo. Los autores Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero (CFL y LAZ, a partir de ahora) tratan el asunto de las formas fenoménicas en las páginas 509-510, a partir de una carta de Marx a Engels, escrita el 30 de abril de 1868. El Libro III de *El Capital*, por otro lado, también está plagado de párrafos estupendos acerca de este tema, sobre todo el capítulo XLVIII, dedicado a la fórmula trinitaria, donde Marx utiliza expresiones tales como *mistificación*, *inversión* y un *mundo encantado*, un mundo «puesto patas arriba». <sup>11</sup> Si bien todas estas expresiones se hallan emparentadas con las formas fenoménicas, considero que su mejor descripción se encuentra un poco antes, en el capítulo XII del tercer libro. Allí leemos: «La forma acabada de las relaciones económicas, tal y como se presenta en la superficie, en su existencia real y, por lo tanto, también en las ideas con que los portadores y agentes de estas relaciones procuran ver claro en ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interna, esencial, pero oculta, y al concepto que le corresponde». <sup>12</sup>

Creo que esta cita hace evidente que la originalidad específica marxiana radica precisamente en otorgar un fundamento concreto y científico a la oposición filosófica por excelencia, la que desde tiempos de Platón distingue la *apariencia* de la *esencia* en el contexto del conocimiento. Este nuevo fundamento revelaría, a su vez, que los planteamientos filosóficos del pasado eran falsas dicotomías, incapaces de aportar una visión conveniente al problema. Tal es la perspectiva que, a mi modo de ver, clarifica la importancia que las *formas fenoménicas* tienen en la teoría de Marx. A través de su tratamiento, éste esquivo dos soluciones del pasado: evita condenar el mundo real como si fuera completamente falso (lo cual le obligaría a localizar la esencia en un plano extra-mundano, plenamente ideal) pero a la vez sortea el error de afirmar que la esencia es lo que es y existe, sin más, y que eso es la verdad. Pues defender tal cosa le obligaría a defender que la objetividad material es idéntica a la objetividad teórica (o el *objeto real* al *objeto de conocimiento*, en términos althusserianos), y que a la vez existe algo así como una experiencia pura a través de la cual –y sólo a través de la cual– la verdad sería accesible.

Tratemos de entender el conflicto con algo más de detalle. Por supuesto, las falsas opciones que Marx logra evadir presentan una falsa dicotomía: el mundo de los entes (el universo, la naturaleza) se opone al mundo de las ideas (las entelequias, las proposiciones...). La clave reside en que, en lugar de estas oposiciones, la solución que aportan las formas fenoménicas se fundamenta en la localización del *modo de producción* y de su división interna. Como hemos visto, las formas fenoménicas postulan que algo en la estructura del modo de producción permite que exista una

<sup>11</sup> Karl Marx, *op. cit.* (Libro III-Tomo III, cap. XLVIII), p. 285.

<sup>12</sup> *Ibid.* (Libro III-Tomo I, cap. XII), p. 272.

*realidad falsa* y unas falsas ideas. Esto es, la forma nuclear interna del modo de producción hace inevitable que éste sea experimentado y pensado como algo diferente de lo que de verdad es –diferente de su forma nuclear interna, la cual, mientras tanto, permanece oculta a la realidad de la experiencia y de las ideas, sin que pueda haber un concepto para ella. Obviamente, la realidad que determina cómo el modo de producción se experimenta y se piensa es *la lucha de clases*, la cual condiciona tanto la experiencia (y no olvidemos que toda experiencia es *real*) como las ideas que los sujetos que trabajan dentro de un modo de producción puedan tener acerca de él *en tanto sujetos de clase*; determina, pues, «la forma acabada de las relaciones económicas, tal y como se presenta en la superficie, en su existencia real y, por lo tanto, también en las ideas con que los portadores y agentes de estas relaciones procuran ver claro en ellas».

No trataré de explicar aquí cómo Marx pudo ser capaz de escapar de las determinaciones que la lucha de clases presumiblemente le debía haber deparado según su propia teoría, y realizar así su descubrimiento revolucionario. Durante su primera etapa, Althusser nunca dejó de hacerse esta pregunta («¿cómo dar cuenta del hecho de que la teoría misma de Marx [...] haya sido producida, si la estructura de la contradicción no hace posible la realidad concreta de esta producción?»<sup>13</sup>); y el propio Kelsen cae en la cuenta de que en esta cuestión Marx se prepara a sí mismo un callejón sin salida.<sup>14</sup> A este asunto tan complejo dediqué buena parte de mi tesis doctoral<sup>15</sup>; pero ahora solamente me interesa resaltar que, en su forma nuclear interna, todos los espacios, procesos y actividades que cabe encontrar en el modo de producción están atravesados por la lucha de clases. Esta lucha, en la sociedad capitalista, consiste en la suma total de los efectos que se derivan de la *expropiación violenta* que dio lugar a la *acumulación originaria*, siendo el principal y más determi-

<sup>13</sup> Louis Althusser, “Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes)”, *La revolución teórica de Marx*, trad. cast. de Marta Harnecker, Siglo XXI, México D.F., 1971, p. 179.

<sup>14</sup> Cfr. Hans Kelsen, *op. cit.*, p. 6: «Marx era evidentemente consciente de que su doctrina acerca de la ideología hacía peligrar su propia teoría social. Probablemente fue para defenderla contra la objeción de ser también mera “ideología” (en el sentido derogatorio del término) por lo que afirma en *El Manifiesto del Partido Comunista* que en cierto estadio de la lucha de clases “la burguesía misma proporciona al proletariado las armas para combatir a la burguesía”; que “una parte de la burguesía se une al proletariado y, en particular, una parte de los ideólogos burgueses, los cuales se han elevado a sí mismos al nivel que les permite comprender teóricamente el movimiento histórico tomado como un todo”. Así, estos “ideólogos burgueses” dejan de producir ideología y pasan a desarrollar una verdadera ciencia del movimiento histórico. Pero ¿cómo es posible que se dé esta metamorfosis? ¿Cómo pueden escapar de la ley fundamental que dicta que su existencia social (su pertenencia a la clase burguesa) determina su conciencia social? Mirado desde el punto de vista de la teoría social de Marx, esto es un milagro».

<sup>15</sup> Luis S. Villacañas de Castro, *Novedad revolucionaria y filosofía materialista (hacia la unificación teórica de marxismo y psicoanálisis)*, tesis defendida en la Facultad de Filosofía y CC.EE. de la Universitat de València el 21 de enero de 2011.



nante de estos efectos el que los trabajadores fuesen separados de los medios de producción, y naciese la mercancía *fuerza de trabajo*.<sup>16</sup> Sin embargo, desde el punto de vista epistemológico y la dicotomía esencia vs. apariencia, el efecto más significativo que la lucha de clases trae consigo es su propia ocultación, o lo que es lo mismo, que sus efectos (e incluyo también la aparición de la fuerza de trabajo) no se experimenten ni se conciban como efectos de una lucha de clases. Con ello se vuelve patente la sofisticada lógica de las formas fenoménicas y de la falsa realidad que muestran. En el interior de la sociedad capitalista ni la ganancia, ni la renta ni el salario parecen relacionarse con los expropiación originaria, con la división entre propietarios de los medios de producción y la fuerza de trabajo a la que ésta da lugar, ni tampoco con la apropiación de la plusvalía a manos de una sola clase que todo ello genera. Como tampoco se entiende, desde ese mismo interior capitalista, qué relación pudiera haber entre todos estos efectos de la lucha de clases y la crisis económica capitalista. Paradójicamente, desde el momento en que la lucha de clases se oculta a sí misma (es la causa *ausente*, aquella que según Althusser «*sólo se expresa en sus efectos*»<sup>17</sup>), la realidad social se presenta como un horizonte que carece de una contradicción interna; un horizonte donde existen diferencias, sí, y donde éstas entran en conflicto, también; pero donde lo hacen siempre sobre un plano de igualdad. Se trata de lo que Marx distingue como el sistema cerrado de la *distribución* y de la *competencia*. Ciegos ante la lucha de clases, la causa de cualquier problema se proyecta a un tiempo y un espacio diferente a los que parecen configurar el modo de producción capitalista, al cual no se le reconoce ningún aspecto intrínsecamente problemático. Lo finito vs. lo infinito, los hechos vs. el lenguaje, el individuo vs. la sociedad, y ambas frente al universo; el ser vs. la nada... tales son las oposiciones idealistas que habitualmente se usan para plantear los conflictos, y que tantas veces ha repetido la tradición filosófica. Por supuesto, ninguno de ellos coincide con el punto de vista de la teoría marxista. Antes bien, se trata de falsos desplazamientos de sus conceptos.

1. 3. Cabe insistir en que el núcleo del problema no se encuentra en que la explicación que la teoría económica burguesa ofrece de la renta, la ganancia y el salario carezca de evidencia empírica, como cierta visión simplista de la ideología (demasiado preocupada con la diferencia entre trabajo intelectual y manual) ha podido creer. Antes bien, se trata de que todo recurso a la realidad empírica de un modo de producción (tal y como podría llevarlo a cabo la ciencia, en conformidad con el

<sup>16</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital* (Libro I-Tomo III, Cap. XXIV); también, CFL y LAZ, *op. cit.*, pp. 318-328.

<sup>17</sup> Louis Althusser, "El objeto de *El capital*", en Louis Althusser & Étienne Balibar, *Para leer El capital*, trad. cast. de Marta Harnecker, Siglo XXI, México D.F, 1973, p. 203. También, cfr. CFL y LAZ, *op. cit.*, pp. 339-148.

método experimental) ya está determinada de inicio por la lucha de clases, ya nota los efectos de la expropiación originaria en el modo de producción capitalista. Significa esto que a los fenómenos empíricos sólo se accede desde una experiencia *de clase*, puesto que no hay tiempo ni espacio en la sociedad que no esté organizado por el conflicto o contradicción que afecta las relaciones productivas. Así, no es posible experimentar la forma nuclear interna en sí misma (la lucha de clases, los efectos de la apropiación violenta), sino solamente en sus *formas acabadas* que –sin embargo– la ocultan. «De lo que se trata», escriben CFL y LAZ, «es de una “ausencia” que no es posible experimentar o vivir en las cosas, pero que es capaz de convertir a las cosas en aquello que son». <sup>18</sup> Del mismo modo, por cierto, que desde el punto de vista del psicoanálisis un sujeto no puede experimentar su división interna (los efectos del *trauma de la castración*, que es el equivalente psicoanalítico de la expropiación violenta) sino necesariamente a través y desde una de las instancias que ese trauma ya ha constituido: la conciencia narcisista. Como es obvio, esto significa, en ambos casos, que tampoco puede lograrse una explicación verdadera ni una solución adecuada a los problemas que tales efectos generan, al menos mientras se siga atrapado en el encanto de las formas fenoménicas. No se hallará, pues, diagnóstico ni cura para las crisis económicas que el modo de producción sobrelleva, ni para las crisis psíquicas que los síntomas desatan en el sujeto.

En cualquier caso, parece justificado decir que, para Marx y Freud, la realidad con la que nos experimentamos a nosotros mismos y experimentamos nuestra sociedad está ya *deformada*, por la lucha de clases y por la división psíquica y libidinal. No es de extrañar, por lo tanto, que ambas teorías tengan tanto que aportar acerca de cuestiones *onto-epistemológicas*. Obviamente, quien experimenta y elabora conceptualmente los fenómenos es necesariamente un sujeto, que por un lado es *de clase* y, por otro, contiene un *inconsciente*. Y, paradójicamente, resulta que la manera en la que los respectivos núcleos internos del modo de producción y del psiquismo humano violentan, curvan o deforman la realidad que este sujeto experimenta es haciendo que ésta aparezca pacificada, derecha y sencilla.

Volvamos, pues, a la metáfora leninista, y su relación con las formas fenoménicas capitalistas. Tal y como Marx elabora estas últimas, la determinación de la lucha de clases no deforma ni curva las ideas, razón por la cual merecerían ser llamadas ideológicas; antes bien, la lucha de clase *deforma* directamente la realidad que se experimenta, y dentro de la cual se originan las ideas como parte de un proceso concreto de producción. De ahí que Althusser diga que detrás de las ideas «existen [...] relaciones de fuerza», fuerzas que «determinan el hecho de que tales ideas estén en el poder [...] y otras ideas se encuentren sometidas a ellas». Son fuerzas en el sentido *físico* del término, de naturaleza material (y cabrá recordarlo para cuando pasemos a tratar los descubrimientos de las ciencias naturales), cuya consistencia afec-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 347.



ta necesariamente la experiencia de los sujetos.<sup>19</sup> Podríamos compararla con la forma en la que se deforma un palo cuando lo miramos bajo el agua. Así, el mercado parece el «verdadero edén de los derechos innatos del hombre»;<sup>20</sup> la economía entera se experimenta, de hecho (o al menos la mayor parte del tiempo, hasta que sucede una crisis), como un orden sin conflictos, que se auto-regula por medio de la *mano invisible*, herencia de la metafísica estoica.<sup>21</sup> Más aún, sabemos que incluso dentro de la fábrica «la forma del salario borra toda huella de la división de la jornada laboral en trabajo necesario y plus-trabajo, en trabajo retribuido y trabajo no retribuido. Todo trabajo aparece como retribuido». <sup>22</sup> Por el mismo mecanismo gracias al cual «en todas las ciencias [...] las cosas se presentan a menudo invertidas en su apariencia»,<sup>23</sup> la extracción de plusvalía y su apropiación indebida por el capitalista se le sustrae a la propia experiencia del obrero.

Queda, por lo tanto, reformular la metáfora de Lenin desde este punto de vista, para decir que el propio mundo está curvado, y no sólo las ideas. Desde esta perspectiva, la teoría de Marx ofrecería un bastón perfectamente recto, cuya especificidad científica radicaría en que, lejos de permanecer en la experiencia de las formas fenoménicas y en las falsas ideas que les corresponderían (como sí hace la economía burguesa), fue capaz de justificar que en ellas la realidad misma se hallaba torcida. De ahí el estatuto revolucionario de su teoría, que trataremos a continuación. La lucha de clases sería el concepto genérico de aquello que permanecía oculto sin por ello dejar de ejercer fuerza. En realidad, la sociedad entera se curvaría bajo el peso de la lucha de clases. De lo que se trataba, por tanto, era de utilizar el palo perfectamente recto del marxismo para enderezar la realidad. De conseguirlo, la sociedad dejaría de ser un mero agregado de formas fenoménicas y pasaría a experimentar como un todo, del que nada se ocultaría.

Un obstáculo fundamental había de presentarse en el camino: que, por muy racional que fuese el concepto de la lucha de clases, éste no se experimentaba como tal, ni podía hallarse entre las ideas circulantes de la sociedad. Se trataba de un con-

<sup>19</sup> Cabe poner este hecho en relación con la siguiente cita de Manuel Sacristán, proveniente de su artículo clásico “Karl Marx como sociólogo de la ciencia”, en *Mientras tanto* (1983: nº 16-17), p. 33: «Ocurre, en efecto, que de la forma de la producción material no sólo resulta una determinada organización de la sociedad, sino también una determinada relación de la sociedad con la naturaleza y de la realidad en general por parte de los miembros de dicha sociedad, y también, por último, un determinante tipo predominante de producción intelectual».

<sup>20</sup> Karl Marx, *op. cit.* (Libro I-I, Cap. IV), p. 236.

<sup>21</sup> Cfr. Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (IV, ii, 9), trad. cast. del Licenciado José Alonso Ortiz, Orbis, Barcelona, 1983, 3 vols., p. 456, vol. 1. Para la procedencia estoica de esta metáfora, cfr. la “Introduction” que D. D. Raphael y A. L Macfie realizan, como editores, a la otra gran obra de Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Clarendon Press, Oxford, 1991, p. 7.

<sup>22</sup> Karl Marx, *op. cit.* (Libro I-Tomo II, Sección 17), p. 299.

<sup>23</sup> Karl Marx, *op. cit.* (Libro I-Tomo II, Sección 17), p. 296.

cepto extremadamente difícil de justificar. Para salvar este obstáculo, el científico marxista siempre podría apelar al hecho de que las instancias con lo que debía contrastar su concepto (esto es, con las formas fenoménicas y las ideas espontáneas que en ella circulaban) eran ya efectos de la lucha de clases. Pero no por ello dejaba de ser una teoría extremadamente anti-intuitiva. Deberían establecerse, pues, los lugares donde el marxismo podía encontrar su evidencia, y esto unido a los principios claros de una *pedagogía* capaz de salvar su componente anti-intuitivo, tan contrario al sentido común.

Creo que tal fue, precisamente, el objetivo de la curvatura del bastón, una fórmula que en sí implica una pedagogía. No trataré aquí, sin embargo, las razones por las que tal principio, en la mayoría de las ocasiones, acabaría actualizando el *terror*, el riesgo de eso que Annie Kriegel denominó «una cierta pedagogía infernal».<sup>24</sup>

## 2. No Galileo, sino Copérnico; o por qué hay verdaderas revoluciones científicas, y la teoría de Marx es una de ellas

2. 1. Como he dicho, considero que la explicación de cómo la lucha de clases instaure ciertas formas fenoménicas en el modo de producción capitalista contiene el principal descubrimiento científico de Marx. Que se trata de un elemento fundamental, también parecen entenderlo CFL y LAZ, dada la atención que le dedican. Ahora bien, estoy dispuesto a defender que se trata de un descubrimiento más importante y revolucionario todavía de lo que CFL y LAZ parecen dar a entender en su libro, por ejemplo cuando comparan el proceder de Marx con el de Galileo Galilei. De hecho, frente a esta analogía (que recogen de Felipe Martínez Marzoa<sup>25</sup>), yo tenderé a situar la obra de Marx en la línea que a partir de Kant<sup>26</sup> no duda en asignar a ciertos avances científicos la categoría de *giros copernicanos*. No Galileo, sino Copérnico; no ya un descubrimiento científico, sino un descubrimiento científico radicalmente *revolucionario*.

Con todo, creo que ambas perspectivas no son contradictorias, sino que una pone más énfasis en el método seguido por Marx y la otra en el contenido de su descubrimiento. Durante la primera parte de su libro, CFL y LAZ no dejan de insistir en el particular «ritmo de alternancia entre observación y deducción»<sup>27</sup> que prosi-

<sup>24</sup> Annie Kriegel, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, trad. cast. de M.A. Hasson, Alianza, Madrid, 1984, p. 119.

<sup>25</sup> Felipe Martínez Marzoa, *Historia de la filosofía*, II, Madrid, Istmo, 1973, p. 481, citada en CFL y LAZ, *op. cit.*, p. 122.

<sup>26</sup> Cfr., sobre este tema, José Luis Villacañas Berlanga, “Estudio introductorio: Emmanuel Kant, las posibilidades de la razón”, estudio introductorio a Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura. Prolegómenos a toda metafísica futura*, Gredos, Madrid, 2010, sobre todo las páginas LXXII – CXII.

<sup>27</sup> CFL y LAZ, *op. cit.*, p. 121.

guió la investigación de Marx, en la manera en que ésta se hizo cargo y demostró, de forma definitiva, «la naturaleza fundamentalmente *teórica* de aquello que las ciencias naturales se considera alegremente “experimental”».28 Platón (como también sugirió Martínez Marzoa), el kantismo, cierto hegelianismo, pero sobre todo Galileo Galilei<sup>29</sup> aparecen como antecedentes de este modo de entender el procedimiento científico. Después de Marx, esta lista se vuelve mucho más evidente: por supuesto, incluye al primer Althusser y su *teoreticismo*; a Levi-Strauss, con su insistencia en la importancia de las estructuras sobre los hechos... y podríamos mencionar muchos más de los que el libro no se hace eco: toda la corriente de la filosofía de la ciencia *post-positivista* que revolucionó el panorama anglo-sajón durante los años 60 y 70, y cuyos integrantes compartían (a pesar de sus diferencias internas) el postulado inicial de la *carga teórica de la experiencia* (*theory-ladenness of experience*). W. Quine, Norwood Hanson, Kuhn, Toulmin, Lakatos, cierto Popper... hirieron de muerte al empirismo lógico, igual que Marx hirió de muerte al empirismo de su época, tal y como lo ponían en práctica los economistas liberales, con sus respectivas metafísicas. Otra historia es la de por qué el empirismo salió de este duelo (y continua hoy) más reforzado que nunca...<sup>30</sup>

La prueba definitiva de que Marx se inserta en esta epistemología no se encontraría solamente en su “Introducción” a los *Fundamentos para una crítica de la economía política*, texto donde reconoce de forma explícita que uno no puede poner la mente en blanco y experimentar el *en sí* de las cosas, o empezar por los *hechos puros* (por la *certeza sensible* que Hegel reduce tan bien al absurdo<sup>31</sup>) sino sólo por formas de pensar heredadas. Si uno pretende prescindir de toda herencia teórica y convertirse en una tabula rasa, entonces permanece únicamente en las formas más abstractas, más simples, con menos carga significativa... excepto por aquello que delatan, a saber, las *formas fenoménicas* con las que están directamente en relación. ¿Qué quiere decir esto? Que ni siquiera los conceptos más generales y abstractos son casuales, indeterminados ideológicamente, o arbitrarios –antes al contrario. Lo cierto es que, por muy primitivo que sea el estado en el que una ciencia se encuentra en un momento histórico dado (por muchos y muy fundamentales que sean, entonces, sus enigmas y errores), sus conceptos nunca estarán tan intensamente impregnados de ideología como la opinión y las ideas del lego. La ciencia, gracias precisamente a su método lógico y experimental, dice siempre algo del objeto que

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>29</sup> Cfr. sobre todo *ibid.*, pp. 65-72, la sección “Las raíces socráticas del método de Galileo”.

<sup>30</sup> Cfr. *ibid.*, 141: «Mientras los logros de Galileo fueron asumidos por la mayoría de los físicos de un modo bastante rápido, vemos como, por el contrario, hoy Marx es tratado como un perro muerto por la mayoría de los economistas neoclásicos, cuya perspectiva teórica, el marginalismo, constituye la ortodoxia en el terreno académico y político».

<sup>31</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 100-101.

pretende estudiar. La ideología, en cambio, sólo da testimonio de la lucha de clases, aunque lo haga sin saberlo.<sup>32</sup>

En cualquier caso, repetimos que no es en esta famosa “Introducción” donde Marx expone el genuino método científico, sino sobre todo en lo que CFL y LAZ denominan su decidido *viaje a los espacios* ideales, tal y como se da al inicio de *El capital*.<sup>33</sup> Althusser se pronunció de forma idéntica al decir que este libro ponía en práctica una metodología apenas explicitada en el resto de su obra (una epistemología marxista, significado que Althusser quería reservar para el materialismo dialéctico). Tal aventurado viaje se desarrolla, como hemos dicho, en la Sección 1ª del Libro I de *El capital*, pues es ahí donde se expone la *teoría del valor-trabajo*, que queda definida como el objeto de estudio de la investigación económica marxista, diferente de cualquier otra perspectiva.<sup>34</sup> Esto significa, a su vez, que «Marx no toma como punto de partida lo que encontramos en los “hechos” de la realidad económica», escriben LFL y LAZ; «parte más bien de determinado concepto de riqueza y mercancía cuya validez, en efecto, no hace depender de las determinaciones que puedan corresponder a las mercancías empíricamente observables en la sociedad moderna. Así pues, da la impresión de que todo el negocio teórico planteado en la Sección 1ª, hasta la formulación de la ley del intercambio de equivalentes [de valor], se ha desarrollado *sin excesiva atención a lo empírico*».<sup>35</sup> Retornamos al esquema de las formas fenoménicas. Evidentemente, la sustancia-valor no es experimentada *como tal* por los sujetos en el mercado: en el mejor de los casos, éstos entienden que (casi) todo lo que funciona en el interior de una sociedad es un resultado del trabajo humano, pero de ninguna forma comprenden *la inmensa acumulación de mercancías* con la que Marx define el modo de producción capitalista como la suma total de unidades básicas de tiempo de trabajo, todas ellas asimilables (a pesar de las diversas cualidades útiles) a una misma lógica cuantitativa. Esta asimilación justificaría su intercambio, y podría hacerlo incluso *calculable*. Modo tan específico de entender la economía no se halla funcionando en ninguno de los sujetos ni las clases que participan en el mercado. Sin embargo, es el esquema ideal que Marx emplea para *interrogar a la realidad empírica* —como escriben los autores—, el mismo esquema que le permite explicar cómo y dónde se concreta una apropiación de plusvalía que de cualquier otro modo hubiese continuado invisible, ignorada por la economía política burguesa, escondida entre los pliegues de las formas

<sup>32</sup> En este sentido, Hegel se equivocaría diciendo que la certeza sensible, cuando defiende que está nombrando el ser puro, en realidad está nombrando la *pura nada* [cfr. CFL y LAZ, *ibid.*, p. 101]. Aquí, de nuevo (como sucederá con Heidegger mucho después) la filosofía estaría pecando de indeterminación. Lo cierto es que, cuando se dice nombrar el ser puro, en realidad se está nombrando la *ideología*. Sin duda, el *ser puro* del empirismo es un concepto ideológico, pero también lo es la *pura nada*.

<sup>33</sup> Cfr. *ibid.*, p. 72.

<sup>34</sup> Cfr. *ibid.*, p. 82.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 72.

fenoménicas de la sociedad capitalista. El mismo esquema que le capacita, finalmente, para dar con la causa fundamental de sus crisis económicas. Con todo ello quedaría sobradamente probado el proceder científico de la investigación de Marx.

2. 2. A mi entender, el problema es el siguiente: el énfasis de que el método marxiano es gemelo del de Galileo (en términos de su peculiar alternancia entre deducción y observación, etc.) no haría sino situar a Marx, como dicen CFL y LAZ, en la «normalidad científica».<sup>36</sup> Por ello, *El orden de El capital* se limitaría a afirmar de Marx lo mismo que podríamos asumir de todo aquél que haya merecido, o merezca hoy, el nombre de científico<sup>37</sup> –lo cual no es poco, sin duda; sobre todo después de tanto marxismo desbarrado y convertido en metafísica. Respecto a la ciencia, CFL y LAZ piensan lo mismo que sobre al *derecho*<sup>38</sup> –tema que trataremos en un segundo artículo–, y es que uno no puede dar un paso más allá de él sin acabar detrás de donde había empezado; todo paso más allá de la ciencia, en este sentido, acabaría siendo un retroceso. Con esta afirmación estamos básicamente de acuerdo; pensamos, con todo, que carece de la precisión conceptual necesaria para reconocer que existen avances científicos más significativos que otros. En la medida en que esto es así, el libro de CFL y LAZ no parece capaz de hacerse cargo de aquello que consideramos como lo verdaderamente revolucionario y novedoso de la investigación de Marx.

Quizá fuese comprensible que, durante los años en los que Popper acusaba al marxismo de ser anti-científico (y su acusación acabó convirtiéndose en condena), lo principal entonces fuera instaurar a Marx en la normalidad científica. Creo, sin embargo, que no basta con esto. La teoría de Marx no sólo es científica, sino que ejecuta un giro copernicano en el propio horizonte de la científicidad; quizá fuera este carácter extraordinario lo que Popper jamás entendiera, y viera en él cierta ambigüedad. Precisamente por eso, el objetivo del pensamiento marxista debería ser (entonces tanto como ahora) reivindicar el componente revolucionario de esta ciencia, y a su vez tratar de explicarlo a partir de ella –pues este componente, por

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>37</sup> Lo mismo sucede con el análisis que Manuel Sacristán realiza sobre los elementos científicos (pues también los habría de otro tipo) que halla en la obra de Marx. Cfr. Manuel Sacristán, “El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia”, *Sobre Marx y el marxismo. Pamfletos y materiales I*, Icaria, Barcelona, 1983, pp. 322-323: «*Science, Kritik y Wissenschaft* son los nombres de las tres tradiciones que alimentan la filosofía de la ciencia implícita en el trabajo científico de Marx, así como este trabajo mismo. [...] La noción normal de ciencia [*science*], que doy por supuesta [, es la que] pese a todos los cambios de “paradigma”, sigue permitiéndonos atar de un mismo hilo (todo lo retorcido que se quiera) a Euclides, Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Newton, Maxwell, Einstein y Crick, por ejemplo».

<sup>38</sup> Cfr. CFL y LAZ, “Comunismo y derecho”, *Rebelión* (04-12-2010), p. 3: «Con el derecho pasa lo mismo que con la ciencia. Si se intenta superar el pensamiento científico con una ocurrencia mejor que la ciencia, es inevitable darse de narices con la religión, la ideología y la ignorancia, es decir, con todo eso de lo que precisamente nos salvaguardaba la ciencia».

cierto, sigue siendo un misterio dentro de la propia filosofía de la ciencia. Tratemos de entender esta problemática con formulaciones concretas. Como he dicho, escriben los autores de *El orden de El capital* que Marx sería el *Galileo de la economía*.<sup>39</sup> Pues bien, el problema de esta perspectiva surge desde el momento en que añaden que, «entre los padres fundadores de la ciencia moderna, Galileo, Descartes, Gassendi, Torriceli, encontramos más bien la misma decisión [la de optar por espacios ideales]»;<sup>40</sup> pues entonces nos asalta la duda de si (respecto a la apuesta por este método al menos) no estaríamos igualmente justificados para llamar a Marx el Descartes, el Gassendi, el Torriceli (o el Platón, incluso) de la economía. Seguro que existen razones ulteriores para asociar a Marx con Galileo antes que con cualquiera de estos autores; y, en efecto, señalar la analogía de sus intervenciones y sus respectivos efectos (el uno con el concepto *valor*, el otro con la categoría *inercia*)<sup>41</sup> iría en una dirección que creemos correcta. Elegimos aquí, por el contrario, proponer otra variable para localizar de la forma más precisa y más restringida posible el lugar que la teoría de Marx ocupa en el panorama científico. Nuestra opción estriba en subrayar el componente revolucionario de esta teoría. A este respecto, CFL y LAZ escriben que «lo “revolucionario” y “novedoso” no se señala en absoluto respecto al método seguido, sino en una intervención científicamente normal en un terreno (o un “continente”) inexplorado». <sup>42</sup> Y estamos plenamente de acuerdo con la primera parte de esta afirmación: el método de Marx no fue en sí revolucionario; su descubrimiento nada tuvo que ver con el empleo de un método dialéctico diferente del que podemos encontrar, por ejemplo, en la aproximación de Galileo. Pero nuestro acuerdo no prosigue cuando de la primera afirmación se pasa a la segunda, pues esta última participa demasiado del planteamiento althusseriano de la revolución teórica (en términos de *ruptura epistemológica*)<sup>43</sup>, que la reduce exclusivamente a transiciones desde la *ideología* a la *ciencia*. Esta perspectiva trae consigo varios problemas,<sup>44</sup> siendo el que más nos interesa la imposibilidad de fundamen-

<sup>39</sup> Preferimos la formulación *Galileo de la economía* a la de *Galileo de la historia*, como en un principio llegan a afirmar (cfr. CFL y LAZ, *El orden de El capital*, op. cit., p. 87). Posteriormente, los autores inician su crítica de la categoría *historia* como concepto no científico sobre el que se fundamenta el componente teleológico del materialismo histórico; la economía sería justamente el objeto de estudio concreto y científico que se pondrá en el lugar de la difusa historia.

<sup>40</sup> Cfr. *idem*.

<sup>41</sup> Cfr. *idem*.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>43</sup> Louis Althusser, “Prefacio: Hoy”, *La revolución teórica de Marx*, op. cit., p. 23.

<sup>44</sup> Ante la imposibilidad que encontró Althusser para explicar esta transición en el caso de Marx, acabó asociándola a la aplicación del método que estamos describiendo. Y ésta es también la solución que nos dan CFL y LAZ. Como hemos dicho, esta opción conlleva varios problemas, aparte del hecho de que establece de forma demasiado radical la diferencia entre ciencia e ideología, hasta el punto de considerar que la primera puede haber dejado un continente totalmente inexplorado. Esta visión no converge ni siquiera con la del Althusser del *Curso de filosofía para científicos*, en cuyas sesiones se afirma que en todo científico hay ideología.



tar a partir de ella un concepto de revolución *intra-científica*, esto es, aquélla que se produciría en el interior de un cuerpo teórico históricamente determinado al que no es posible discutir su cientificidad (lo cual no quiere decir que no contenga enigmas, errores y anomalías). El caso más familiar tal vez sea la revolución que se efectuó desde el paradigma newtoniano hasta el horizonte de la teoría de la relatividad, en el preciso momento en que la física eliminó «el axioma del carácter absoluto del tiempo, es decir, de la simultaneidad».<sup>45</sup> Este cambio revolucionario transcurrió en todo momento en el interior de la propia ciencia, que ya se encontraba en el punto de partida.

Así, la interrogación acerca del estatuto revolucionario de la teoría de Marx nos obliga a plantear otra: la de si no sería más riguroso llamar a Marx el Copérnico –no el Galileo– de la economía. Cabe incluso pensar que Marx fuera las dos cosas al unísono –y no decimos esto por afán reconciliador, pues habría razones que lo justificarían. Mientras la *teoría del valor* lo convertiría en un Galileo, el descubrimiento de las *formas fenoménicas* haría de él un Copérnico de la economía, y del modo de producción. Por supuesto, esta perspectiva no entraña en modo alguno la propuesta de una nueva periodización de su obra, pues creo que el tratamiento verdaderamente adecuado (por científico) de los dos objetos de estudio a los que me estoy refiriendo estaría igualmente contenido en *El capital*. Sólo en esta obra se da una definición concreta de la lucha de clases, y siempre en relación al modo de producción capitalista. Que ambos objetos de estudio (teoría de valor, formas fenoménicas) se encuentren en este mismo libro entraña, a su vez, que ambos se encuadran en el marco de la ciencia económica. Pues ya lo dijo Freud,<sup>46</sup> también Weber, y hay

<sup>45</sup> Albert Einstein, “Notas autobiográficas”, en Albert Einstein et al., *La teoría de la relatividad. Sus orígenes e impacto sobre el pensamiento moderno*, trad. cast. de Miguel Paredes Larrucea, Alianza, Madrid, 1984<sup>9</sup>, p. 102.

<sup>46</sup> Es reconfortante leer cómo Freud siempre tuvo presente cuál era el verdadero objeto de la teoría de Marx, y aquello a su vez que le aportaba su estatus científico. Cfr. Sigmund Freud, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (Lección XXXV. “El problema de la concepción del universo” [*Weltanschauung*]), *Obras completas*, trad. cast. de Luis López-Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva, Madrid, 1974, vol. VIII, p. 3203: «La fuerza del marxismo no estriba manifiestamente ni en su interpretación de la Historia ni en la predicción del porvenir que en ella funda, sino en la perspicacísima demostración de la influencia coercitiva que las circunstancias económicas de los hombres ejercen sobre sus disposiciones intelectuales, éticas y artísticas. Con ello se descubrió toda una serie de relaciones y dependencias totalmente ignoradas hasta entonces».

Por cierto, gracias a este diagnóstico Freud fue capaz de plantear adecuadamente qué le faltaba al marxismo para poder convertirse en la teoría social que aspiraba a ser –y lo que necesitaba, claramente, era articular sus tesis con las de la ciencia psicoanalítica. Lo leemos en la cita siguiente: «Si alguien pudiera indicar al detalle cómo estos distintos factores –la disposición pulsional, generalmente humana, sus variantes raciales y sus transformaciones culturales– inhiben o fomentan bajo las condiciones de la ordenación social, de la actividad profesional y de las posibilidades adquisitivas; si alguien pudiera hacerlo así, completaría el marxismo, haciendo de él una verdadera ciencia social. Pues tam-

que reivindicarlo: específicamente económica es la teoría marxista, y de ello adquiere su científicidad. «Desde un punto de vista estrictamente metodológico, el derecho a hacer un análisis *unilateral* de la cultura desde una perspectiva específica –en nuestro caso, desde el punto de vista de las condiciones económicas de la cultura– se deriva del hecho de que preparar al ojo para observar los efectos de causas cualitativamente iguales y la continua utilización del mismo aparato conceptual-metodológico ofrecen todas las ventajas de la división de trabajo».<sup>47</sup> Y no sólo es de naturaleza económica porque lo sea la teoría del valor, sino porque también lo es el origen de la lucha de clases en el modo de producción capitalista<sup>48</sup> (y por lo tanto, también es económico el origen de tal modo de producción –una categoría, por cierto, que no es sino el concepto adecuado de la sociedad burguesa cuando se la analiza desde el punto de vista de la economía).

Ahora bien, si económico es el origen de la lucha de clases, no por ello lo son todas sus manifestaciones. Esto es la tesis que Weber no compartía ni quiso entender. Tratemos de explicarlo: económica es la plusvalía, sin duda, así como la forma fenoménica que la oculta: el salario. También lo son el capital-ganancia y la tierra-renta del suelo. Pero no así otras formas fenoménicas cuyas representaciones saturan la superestructura política, ideológica y judicial del modo de producción capitalista. Pues, aparte de las ficciones que explican que el capital merece una ganancia, la tierra una renta y el trabajo su salario (y que todos ellos reciben la ganancia, la renta y el salario que merecen, cuando es falso), la separación radical entre la propiedad de los modos de producción y la fuerza de trabajo que aparece entonces por primera vez como mercancía debe considerarse, desde una perspectiva marxista, como el origen económico de toda una variedad de formas fenoménicas que pululan también en la política, en la filosofía, en el derecho, en el arte e incluso en la ciencia. Estas últimas ya no son de naturaleza económica. Hablamos, por ejemplo, del contrato social, de la noción del genio, de lo sublime, del concepto de infinito, de la democracia liberal, de lo azaroso, etc.

Por lo tanto, si nos atenemos solamente al lugar que ocupa *El capital*, comprendemos que la teoría del valor logra al menos tres cosas: 1) precisar cuál es la manifestación económica principal de la lucha de clases en el modo de producción

---

poco la Sociología, que trata de la conducta del hombre en la sociedad, puede ser otra cosa que Psicología aplicada. En rigor, no hay más que dos ciencias: la Psicología, pura y aplicada, y la Historia Natural», *ibid.*, p. 3204.

<sup>47</sup> Max Weber, *La 'objetividad' del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, trad. cast. de Joaquín Abellán, Alianza, Madrid, 2009, p. 106.

<sup>48</sup> Ya hemos descrito cómo éste encuentra su desencadenante en la acumulación originaria derivada de la separación radical y violenta de la posesión de los medios de producción de aquellos que los trabajaban, en su recaída a menos de una sola clase, «en el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio, esto es, [en] la expropiación del trabajador» [Karl Marx, MEGA, II, 6, p. 692, citado en CFL y LAZ, *El orden de El capital*, *op.cit.*, p. 328]. Pequeños artesanos, estructuras de servidumbre a cambio de servicios o pagos... todas estas instancias pasan gradualmente a mejor vida.

capitalista, causa a su vez de sus crisis económicas; 2) disolver, asimismo, las tres formas fenoménicas de naturaleza económica que se encuentran circulando en este modo de producción como consecuencia de la curvatura que la propia lucha de clases impone a la experiencia del sistema; y finalmente, 3) establecer una hipótesis acerca del origen de esta lucha de clases en la expropiación violenta de la que ya hemos hablado. Pero con ello Marx ni mucho menos disuelve o aclara (ni en *El capital* ni en el resto de su obra) todas las formas fenoménicas a las que la lucha de clases da lugar, como efectos de naturaleza ideológica. Para la disolución de estas últimas, ya no basta con la ley del valor, la cual sólo ayuda a clarificar las formas fenoménicas propiamente económicas. Pero incluso entonces, para este segundo objetivo, sigue resultando útil el concepto de la lucha de clases, y a su vez el de formas fenoménicas –de ahí la conveniencia de separarla conceptualmente de la teoría del valor, por mucho que formen parte del cuerpo de una misma investigación económica.

Más aún, la productividad de esta separación se revelaría todavía más favorable y provechosa en la medida en que el descubrimiento de las formas fenoménicas como un efecto de la lucha de clases nos permitirá conectar la investigación de Marx con el tema que trataremos en lo que resta de este ensayo, a saber, con aquellas teorías que han instaurado *revoluciones o giros copernicanos* en la historia de la ciencia. A mi entender son tres (si contamos la de Marx, cuatro): la *teoría de la evolución*, como surge a partir del momento en que se aúnan los dos planos en el que Darwin y Mendel llevaron a cabo sus investigaciones; el *psicoanálisis*, tal y como Freud lo funda y Lacan y otros tantos lo desarrollan; y *teoría de la relatividad*, que Einstein elabora y algunos de cuyos efectos todavía están por llegar.<sup>49</sup> Es ahí donde creemos que debe inscribirse el nombre de Marx, en la ciencia y en su historia. Su teoría está a la altura de aquéllas, y son éstas las únicas que están a su altura.

2. 3. Antes de profundizar en este argumento, haré notar la siguiente precisión: si de él he excluido a Nicolás Copérnico (cuya *De revolutionibus* ya se hallaba escrita en 1530), esto se debe en primer lugar porque estamos hablando de teorías, no de nombres. En segundo lugar, a que la contribución de este científico renacentista

---

<sup>49</sup> Poner en común estas teorías no es una apuesta novedosa, aunque tal vez sí lo sea el referirse a ellas como giros copernicanos. Félix Duque, por ejemplo, en su artículo “Oscura la historia y clara la pena: informe sobre la posmodernidad”, prefiere incluir el nombre de Nietzsche junto a Marx y Freud, en lugar del par Mendel-Darwin, y además no pone a Einstein en la lista. Como es obvio, la obra de Nietzsche no es científica, lo cual ya delata la inspiración que motiva a Duque en su artículo (filosófica, no científica), diversa de la nuestra. En realidad, Duque sigue en su elección a Ricoeur, y su sugerencia de los tres *filósofos de la sospecha*. Cfr. el mencionado artículo de Félix Duque en Javier Muguerza y Pedro Cerezo (eds.) *La filosofía hoy*, Crítica & Fundación Juan March, Barcelona, 2000, pp. 213-230.

supuso el punto de partida de un giro cuyo recorrido entero sólo Einstein consiguió desplegar, justamente con su teoría general de la relatividad. No discutimos que el giro copernicano propio de la física lo iniciara aquél a cuyo nombre hace referencia ese giro semántico; pero tampoco dudamos de que sólo Einstein lo terminara (pues este giro está cerrado aunque no se hayan resuelto todas sus anomalías; del mismo modo que también lo estuvo en la Biología, desde el acople darwinista-mendeliano). Entre Copérnico y Einstein, Galileo, Kepler, Newton, etc., dieron más profundidad formal y empírica al horizonte heliocéntrico que heredaron de Copérnico,<sup>50</sup> pero no completaron la estructura del giro al modo en que Einstein lo hizo (para empezar, permanecieron en un paradigma euclidiano). Así, sólo este último sería el verdadero continuador de Copérnico, aquél que le dio otra vuelta a la tuerca a la maquinaria de los astros desde el sujeto observador. Esta similitud, por cierto, no se le escapó a ninguno de sus contemporáneos: Arthur Stanley Eddington, quien participó en la expedición de 1919 destinada a confirmar la predicción de Einstein acerca de la curvatura de la luz, se expresó en 1921 de la siguiente manera: «Einstein ha sido el llamado a proseguir la revolución iniciado por Copérnico: liberar a nuestra concepción de la naturaleza del sesgo terrestre injertado en ella por las limitaciones de nuestra experiencia, intrínsecamente ligada como está a la tierra».<sup>51</sup> El propio Ortega y Gasset se pronunciará, como veremos, en la misma dirección.

Pero pasemos ahora a explicitar y justificar la decisión de situar la teoría económica de Marx junto a la evolución de las especies, el psicoanálisis y la teoría especial y general de la relatividad. Esta comparación se fundamenta en la idea de que las cuatro compartirían un mismo potencial revolucionario; idea que, a su vez, se sustenta en la percepción de que parte de los conceptos que encontramos en ellas sirven el propósito de identificar las diversas instancias de la realidad material que, sometidas a determinaciones ocultas al observador, serían responsables de producir las correspondientes *formas fenoménicas*. Revoluciones copernicanas y formas fenoménicas serían, pues, conceptos hermanados. Tales formas, a su vez, explicarían por qué algunos de los postulados básicos de los que hasta entonces partía la economía, la física, la biología y la psicología (ciencias, estas últimas, en las que cada una de estas teorías se halla inscrita) participaban del error.<sup>52</sup> A la capacidad (pro-

<sup>50</sup> Según Miguel Ángel Granada, el proceso que se inició con Copérnico «encontró su clausura teórica sólo con la publicación en 1687 de los *Principia mathematica philosophiae naturalis* de Newton», M. A. Granada, “La revolución cosmológica: de Copérnico a Descartes”, en J. Echeverría (ed.) *Del renacimiento a la Ilustración II*, Trota & Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 2000, p. 13.

<sup>51</sup> Arthur Stanley Eddington, “La teoría de la relatividad y su influencia sobre el pensamiento científico”, en Albert Einstein et al, *op. cit.*, p. 138.

<sup>52</sup> Creo necesario añadir algunas precisiones importantes. Los objetos teóricos de cada una de estas ciencias quedarían definidos de la siguiente manera: el *modo de producción*, para la economía, como el espacio en el que los sujetos llevan a cabo la totalidad de sus interacciones; el *hábitat* en el que inte-

bada en cada caso) de elevarse por encima de los efectos derivados de la forma fenoménica específica sobre la cual se asentaba hasta entonces el dominio científico al que pertenecían, deberían todas estas teorías su carácter anti-intuitivo; esto es, el ser tan ajenas al *sentido común*. Este carácter les proporcionó los más diversos enemigos, también dentro de la propia ciencia; la enemistad, por ejemplo, de aquellos investigadores que demandaban que los elementos con los que se construía un modelo fuesen «de tal especie que sean percibidos de modo inmediato por los sentidos y sean aceptados por cualquier como los datos últimos de la conciencia».<sup>53</sup> Frente a esta exigencia absolutamente ignorante de las formas fenoménicas, las cuatro teorías serían revolucionarias porque lograban identificar el origen de las formas fenoménicas que hasta su aparición desvirtuaban el campo de la ciencia social y natural, al derivarlo a partir de ellas. Como cabría esperar, también ofrecían las herramientas para poder *descontar* el efecto de estas formas fenoménicas en la propia investigación científica —«descargar a la naturaleza de las distorsiones originadas por el punto de vista local desde el cual la observamos»,<sup>54</sup> según Stanley Eddington—, y encaminarla así un paso más allá hacia la verdad, hacia el conoci-

---

ractúan las diversas especies, para el campo de la biología; el *aparato psíquico* para la psicología, en el que interaccionan las diversas instancias psíquicas del sujeto; y finalmente el *universo* para la física, en el que interactúan los cuerpos. Éstas serían, según creo, las cuatro únicas estructuras que intervienen sobre el sujeto humano, también en su aspiración al conocimiento científico. Con todo, no podemos pretender que sean estructuras coincidentes en el campo de la teoría (en el sentido de que sus objetos de estudio se solapan), por mucho que sí se superpongan en la realidad material. Cada uno de estas estructuras incorpora sus propios conceptos y su causalidad específica, y no se puede pasar de hablar de una a otra como si tal cosa, o aplicar sus respectivas lógicas de forma indiscriminada, por ejemplo para decir que el universo padece la lucha de clases, o el modo de producción la lucha por la vida (cuando es al contrario: la aspiración de éste consiste en que las variables biológicas tengan la menor efectividad posible sobre la supervivencia y el bienestar de un individuo en la sociedad), o que el hábitat se ve afectado por la represión, o por el principio de la relatividad. Tampoco resulta lícito afirmar que las cuatro estructuras determinan al sujeto con la misma intensidad; antes bien, creo que en cada periodo de la historia de la humanidad las variables propias de algunas de estas ciencias, y sus respectivas estructuras, son más determinantes que otras. Quizá las variables biológicas, que encontramos funcionando en el hábitat, fueron muy importantes en la transición del mono al hombre, y también para asegurar la supervivencia de la especie en sus primeros estadios de la civilización. Hoy, en cambio, parece evidente que las variables del modo de producción y del aparato psíquico son más significativas a la hora de explicar el desarrollo de cada sujeto concreto, o los cambios por los que habrá de pasar la humanidad. La intensificación del cambio climático o la creciente desarticulación del estado del bienestar, sin embargo, podrían variar este equilibrio y hacer de nuevo más relevantes las variables biológicas. Todo volvería a jugarse, entonces, al nivel de la especie y la lucha por la vida. Finalmente, y a pesar de mi falta de familiaridad con el tema, creo que la única manera de que las variables del universo físico podrían volverse dominantes para el desarrollo de la humanidad sería en el caso de que comenzaran a percibirse los efectos de la contracción del universo (si es que ésta se dará algún día), el agotamiento del sol, o algún fenómeno similar.

<sup>53</sup> William F. Magie, “Los conceptos primarios de la física”, en Albert Einstein et al., *op. cit.*, p. 131.

<sup>54</sup> Arthur Stanley Eddington, *loc. cit.*, p. 138.

miento de lo que Marx<sup>55</sup> llamó el «núcleo esencial interno». Por así decirlo, contenían el bastón capaz de doblar las representaciones teóricas del lado contrario a aquél del que la realidad aparece doblada en las formas fenoménicas.

Así, parece conveniente afirmar que cada una de estas teorías incluye conceptos de dos órdenes diferentes: unos, de primer orden, dedicados a la presentación de nuevos objetos de estudio; otros, de segundo orden, destinados a explicar la instancia causante de la deformación contenida en las formas fenoménicas. Conceptos de primer orden serían, por ejemplo (y entre otros posibles): la libido, el inconsciente, el valor, la plusvalía, el precio de producción, la crisis capitalistas, el *carácter* mendeliano (que después se afinaría con los conceptos de *gen*, *chromosoma*, etc., dando lugar a la *genética*), la lucha por la vida, la constante de la velocidad de la luz, la relación entre masa y energía, etc. En cambio, conceptos de segundo orden serían solamente cuatro, uno por cada teoría y ciencia referida: 1) la *castración*, como acontecimiento traumático que separa una conciencia y un inconsciente, y cuya determinación acompaña toda la organización libidinal subsiguiente; 2) la *acumulación originaria*, origen de la división de clases en la sociedad capitalista, y de esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo; 3) la *reproducción sexuada*, en tanto combinación de dos herencias genéticas diferentes en la formación de un miembro de una especie; y, finalmente (lo que tal vez sea la correspondencia más difusa y problemática, y que no soy capaz de explicar debido a mi ignorancia), 4) el *Big Bang*, acontecimiento al que necesariamente cabe retrotraer la peculiar relación entre masa y energía que afecta todo el campo de la física. Tales serían —esa es la hipótesis— los hechos *prehistóricos* que dan comienzo a los objetos, al tiempo y al espacio de cada una de estas ciencias; los que aportan la conflictividad y dialéctica que les es interna, y uno de cuyos efectos son sus formas fenoménicas. De todo ello se deriva que cuatro serían solamente los tipos de formas fenoménicas que marcan el proceso de conocimiento del ser humano, imponiéndole el equívoco y la ignorancia. Pues cuatro serían, finalmente, sus causas.

2. 4. La distinción entre estas dos series de conceptos actúa como una medida para garantizar que el componente revolucionario de estas teorías siga teniendo efectividad. Los diferenciamos, por lo tanto, para no dejar de tenerlos en cuenta. Los de primer orden se construyen en paralelo con las instancias a las que los de segundo orden hacen referencia; los de primer orden, por así decirlo, ya compensan la deformación de las formas fenoménicas y de las antiguas herramientas conceptuales que las daban por buenas como punto de partida de la investigación. Significa esto que para entender el giro que Marx instaura en la economía no puede uno limi-

---

<sup>55</sup> El propio Althusser se refirió a la transición de la filosofía hegeliana a la ciencia marxista como un «desplazamiento del punto de vista»: “Sobre el joven Marx (cuestiones de teoría)”, *La revolución teórica de Marx*, *op. cit.*, p. 64.



tar su análisis a los conceptos de primer orden (a la teoría del valor-trabajo, por ejemplo) y no prestar atención y relacionarla con la acumulación originaria y la lucha de clases a la que ésta da lugar. O de lo contrario sucederá algo sobre lo cual CFL y LAZ no dejan de alertar –a ello dedican, en realidad, buena parte de su libro–, y es que no entendamos ni el origen de la *plusvalía* (que no se deriva de la teoría del valor), ni tampoco el *problema de la transformación del valor en precio* (esto es, los factores que determinan el cambio desde el verdadero *valor* de las mercancías –e insisto en el término *verdadero*, pues no equivale al valor que el obrero obtiene a cambio de producirlas– a su *precio definitivo de venta*),<sup>56</sup> una cuestión que tampoco se deriva lógicamente de la teoría del valor.

Es de justicia que nos detengamos en este asunto algo más de tiempo, puesto que contiene la aportación más importante de las muchas que hacen CFL y LAZ. A su vez, clarificará el papel clave que la acumulación originaria juega en la teoría de Marx. La tesis fundamental de *El orden de El capital* consiste en que tanto en 1) la apropiación de plusvalía a manos de la clase capitalista como en 2) la determinación del precio de las mercancías interviene la división de clases que emerge tras la acumulación primitiva. Lo hace de una forma *diferente* en cada caso, y en momentos diversos del proceso de producción y reproducción del capital. «Lo que demuestra Marx», escriben los autores, «es que la cuestión de la *asignación entre las clases* constituye necesariamente una cuestión previa, desde un punto de vista teórico, a la cuestión de la *asignación individual*»<sup>57</sup> a la que pertenece tanto la problemática del salario como la de los precios. De aquí se derivan dos cosas: en primer lugar, la evidencia de que, si acaso, la unidad *valor* fue la herramienta conceptual que le permitió a Marx explicar convenientemente esta intervención. Y a esto añadimos (en segundo lugar) algo perfectamente lógico e inevitable, pero que CFL y LAZ, de manera sorprendente, apenas traen a colación, por mucho que la ocasión lo pidiera: las crisis de sobre-producción capitalista. La ausencia en su discurso se vuelve casi doliente en el paso de la página 494 a la 495, donde todo esquema capitalista conspira para que los salarios que recibe la clase trabajadora no tengan nada que ver con el precio de las mercancías cuya compra y consumo les permitiría sobrevivir. De hecho, 1) que la clase trabajadora no reciba en salario el equivalente en valor a todo el valor que ésta ha producido (suceso 1: apropiación de plusvalía), así como 2) que el precio de las mercancías (lo que Marx llama *precio de producción*) lo fijen los capitalistas atendiendo exclusivamente «la inversión realizada más la ganancia media que le corresponda en una sociedad capitalista dada a una inversión tal»<sup>58</sup> –esto es, «de un modo proporcional a la cantidad de capital invertido» y con el

<sup>56</sup> La tesis se encuentra por todo el libro; sin embargo, destacamos las siguientes secciones: CFL y LAZ, *El orden de El capital*, pp. 84, 460, 470-501, 521, 581-587, 604-607.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 605.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 460.

único objeto de obtener la ganancia media «con absoluta independencia de la rama industrial en el que éste capital fue invertido» (suceso 2: ley de la determinación de los precios)<sup>59</sup>–, todo esto no puede sino *acelerar* el desencadenamiento de la crisis económica de sobre-producción capitalista, y el sufrimiento que ésta conlleva para la clase trabajadora (no el desencadenamiento de la revolución social y el paso al socialismo, que es una cosa completamente distinta). Así, los dos sucesos económicos de los que estamos hablando contribuyen a que la clase obrera no pueda comprar aquello que ella misma ha producido, puesto que sus salarios no se relacionan con los precios del resto de mercancías.

Volvamos ya a las cuatro revoluciones copernicanas, y esta vez para alertar sobre el nuevo peligro que resultaría de obviar la diferencia entre cualquiera de los dos órdenes de conceptos que hemos identificado en todas ellas. El riesgo consistiría en dejarse llevar por el hecho de que muchas de las categorías que Marx, Freud, Darwin, Mendel y Darwin utilizaron ya habían sido acuñadas y empleadas previamente por otros científicos. Así sucede, por ejemplo, con el *inconsciente*, la *libido*, el *valor-trabajo* que ya expuso Ricardo, y la propia *lucha por la vida*, una fórmula que Darwin reconoce haber tomado de Malthus. Al encarar estos detalles, uno no debe tomar la continuidad significativa como un índice de una continuidad de contenido que no es tal. Ese es precisamente el riesgo que nos evitará el tener presente, siempre, la segunda serie de conceptos, aquéllos que explican por qué está deformada la realidad que toda ciencia, en sus momentos pre-copernicanos, habitualmente experimenta. Nuestro aviso de que en este artículo no tratamos con nombres sino con teorías debería rescatarse ahora para añadir que los científicos que nombramos no siempre conocieron las verdaderas dimensiones del giro copernicano que contribuyeron a instituir. Tal vez esto no sea cierto respecto a Freud y Marx, padres casi únicos de sus respectivas teorías (si bien hizo falta mucho trabajo posterior para clarificar lo sustancial de sus giros –cerrarlos, por así decirlo–, y he ahí el lugar privilegiado que ocupan Althusser, Lacan y tantos otros). Los padres del marxismo y el psicoanálisis siempre operaron, además, con la plena conciencia de la significación que éstas habían de tener para la posteridad. Y léase, si no, el texto del primero, “Una dificultad del psicoanálisis”, donde describe cómo esta teoría había ejercido la tercera y «más sensible» ofensa al «narcisismo general, al amor propio de la humanidad», siendo la primera la «ofensa cosmológica» (que Freud enlaza de forma explícita a Copérnico), y la segunda la «ofensa biológica», asociada a «las investigaciones de Darwin y las de sus precursores».<sup>60</sup> Einstein, por su parte, era

<sup>59</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 605. Quizá el mejor resumen de la solución al problema de la transformación del valor a precios se encuentre en la página 84: «las mercancías de las sociedad capitalista [...] no se intercambian a su valor, es decir, que su precio no responde a la cantidad de trabajo invertido en ellas, sino, más bien, a su “precio” de producción”, que a su vez responde a la cantidad de dinero que se ha invertido en ellas, más la ganancia media que se suele obtener con una cantidad semejante de dinero».

<sup>60</sup> Sigmund Freud, “Una dificultad del psicoanálisis”, *op. cit.*, p. 2434, vol. VII.

consciente del giro que estaba desplegando tanto como la influencia que sobre sus estudios tuvieron las aportaciones inmediatamente anteriores a él, de Faraday, Maxwell y H.A. Lorenz. Pero el caso de Darwin es completamente diferente. El avance darwinista lo fue solamente respecto al *fijismo creacionista*, representado en aquel tiempo por Cuvier; un avance quizá comparable –pero no relacionado, pues esto equivaldría a proyectar el historicismo a la ciencia– con el que representó la teoría política *burguesa* respecto a la *feudal*, la mayoría de cuyas instituciones encontraban sustento (igual que el *fijismo creacionista*) en la pretensión de un mandato divino que debía regir hasta la eternidad. Pero se necesitaba más que esto para instituir un giro copernicano en el dominio de la biología; concretamente, se requería una pieza del todo equivalente a la que Rousseau y Adam Smith también echarían a faltar en sus teorías, aquélla que les hubiese permitido asegurar el bien común sin tener que recurrir a las ficciones de la *mano invisible del mercado* y de la *voluntad general*.<sup>61</sup> Con ello quizá el orden burgués hubiese podido dar una explicación convincente de las crisis económicas, de las guerras, de las revoluciones, de los estados de excepción o de cualquier otra ruptura del orden constitucional. Condicionado por una ausencia teórica similar, Darwin carecía de una variable capaz de explicar completamente cómo se producían las nuevas especies; de dónde surgían aquéllas variaciones que, después de mucho tiempo y a través (entonces sí) de la selección natural y la lucha por la vida, acabarían por dar lugar a una especie diferente. Cuando se atrevió a dar una solución al respecto, tendió a postular la herencia de factores adquiridos; pero, en general, para el biólogo inglés, esta cuestión todavía se debía al azar. Ignorante de las leyes de la herencia que operaban en la reproducción sexual (y que Mendel llevaba años desentrañando), Darwin no podía sino considerar que la evolución de las especies se jugaba básicamente en el acople de dos sencillos factores: el azar de una mutación en el interior de la especie, y la lucha de sus miembros en el hábitat natural. Tendríamos que esperar hasta los primeros años del siglo XX para que lograra la visión de conjunto que revelase la estructura de dos planos en la que debía moverse la biología. También, para que se entendiera la estrecha relación que el descubrimiento mendeliano compartía con los nuevos avances sobre la *célula*, en cuyo núcleo residían los cromosomas.

2. 5. La teoría de la evolución de las especies, el psicoanálisis, la ciencia económica de Marx, la teoría de la relatividad... a través de cada una de estas teorías, una ciencia diferente descubrió qué instancia de la realidad estaba necesariamente determinando su propio contenido como mentira; acabó descubriéndose, por lo tanto, como la ciencia de una forma fenoménica. Vamos a ayudarnos en este punto de los dos casos a los que menos atención hemos dedicado hasta ahora: el psicoa-

---

<sup>61</sup> Cfr. el Sexto capítulo, Libro primero, de Jean-Jacques Rousseau, *Du Contrat Social ou Principes du droit politique*, Garnier Frères, Paris, 1962, p. 244.

nálisis y la teoría general de la relatividad. Respecto al primero y el giro que trazó en la psicología, el esquema se reproduce de la forma siguiente: la división en el seno de aparato psíquico subjetivo entre una conciencia y un inconsciente, así como las diferentes corrientes libidinales a esta división asociada, únicamente se experimentan (debido a la *represión*) desde la conciencia que resulta de esta misma división; la consecuencia de esto no es sino la forma fenoménica que subyace a los conceptos de *homo-psychologicus* y *homo-economicus* que Althusser localizó en el seno de la sociedad burguesa,<sup>62</sup> y que, igualmente, CFL y LAZ detectan en la antropología explícita o implícita del enfoque económico liberal.<sup>63</sup> La subjetividad no puede sino verse a sí misma como un espacio plano, libre de profundidades y misterios, compuesto únicamente de deseos e intenciones conscientes, abiertas por lo tanto a la manipulación de la auto-conciencia. La realidad es otra, como se acabaría mostrando en cuanto Freud tirara del hilo de los síntomas.

En el punto de partida de todo giro copernicano hallamos, pues, la persistencia de una ilusión óptica (experimental, por tanto) y su ficción teórica correspondiente. Así ocurría con el diseño del universo ptolemaico que Copérnico consiguió desbaratar; y así ocurría todavía, sin embargo, con el universo newtoniano. Presidido como estaba por un marco de referencia de espacio y tiempo *absolutos*,<sup>64</sup> un mismo *tic tac* sonaba a lo largo y ancho de un espacio infinito y regular. Según Ernst Mach, al postular «un tiempo independiente de todo cambio», Newton seguía «bajo el influjo de la filosofía medieval».<sup>65</sup> Todavía no se había descubierto la relación que el campo gravitacional (es decir, la distribución de la materia) podía tener en el espacio y el tiempo<sup>66</sup>; no se había descubierto, tampoco, el principio de *la relatividad de la simultaneidad*, o lo que es lo mismo: «que todo cuerpo de referencia (sistema de coordenadas) tiene su tiempo particular», que «la especificación de un tiempo sólo tiene sentido cuando se indica el cuerpo de referencia al cual hace relación dicha especificación».<sup>67</sup> Ni mucho menos se había establecido ya la posibilidad de unifi-

<sup>62</sup> Louis Althusser, “Louis Althusser à Jacques Lacan. [Paris] 26. XI. 63”, *Écrits sur la psychanalyse. Freud et Lacan*, STOCK/IMEC, París, 1993, p. 275.

<sup>63</sup> Cfr. las magníficas páginas de CFL y LAZ, *El orden de El capital*, *op. cit.*, pp. 218-222.

<sup>64</sup> Sir Isaac Newton, *Principios matemáticos matemáticos de la filosofía natural*, selección del Escolio contenidas en Albert Einstein et al., *op. cit.*, p. 18.

<sup>65</sup> Ernst Mach, *La ciencia de la mecánica*, selección contenida en Albert Einstein et al. *op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>66</sup> Cfr. Albert Einstein, “Sobre la teoría especial y la teoría general de la relatividad”, selección contenida en Albert Einstein et al., *op. cit.*, p. 91: «el comportamiento de las varas de medir y de los relojes está influido por los campos gravitatorios, es decir, por la distribución de la materia». Cfr. también, a este respecto, Albert Einstein, “Notas autobiográficas”, *loc. cit.*, p. 101: «el “espacio absoluto” como originalmente determinativo, fue introducido por Newton de un modo completamente explícito como el elemento omnipresente y activo que participa en todos los sucesos mecánicos; al decir “absoluto” quiere significar, evidentemente, no influido por las masas ni por sus movimientos».

<sup>67</sup> Albert Einstein, “Sobre la teoría especial y la teoría general de la relatividad”, *loc. cit.*, pp. 79-80.

car la *ley de conservación de la energía* y la *ley de conservación de la masa*<sup>68</sup> —puesto que la *masa pesante* y la *masa inercial* de un cuerpo son iguales («la misma cualidad de un cuerpo se manifiesta, según las circunstancias, como inercia o peso»<sup>69</sup>) y, a su vez, «la masa inercial de un cuerpo no es constante, sino que varía de acuerdo con los cambios de energía del cuerpo».<sup>70</sup> Para llegar a este punto, antes debía comprenderse la imposibilidad de seguir relacionando el tiempo y el espacio de dos sucesos que aconteciesen en cuerpos de referencia relativos según las hipótesis de la mecánica clásica, esto es, según las leyes de lo que por entonces se llamaban las *transformaciones de Galileo*.<sup>71</sup> Buscando dar solución a este problema, las *transformaciones de Lorenz* evidenciarían que la velocidad de la propagación de la luz en el vacío permanece como una constante<sup>72</sup> cuando se trata de hallar el lugar y el tiempo de un suceso con relación a un cuerpo de referencia  $K'$  (expresado en las tres coordenadas espaciales  $x'$ ,  $y'$ ,  $z'$ , junto por  $t'$  como el valor temporal) a partir de los valores correspondientes al lugar y al tiempo de otro cuerpo de referencia ( $K$ ).

En los cuatro casos que estamos estudiando, la determinación que ejercen las formas fenoménicas sobre el estudio científico es perfectamente comprensible, aunque extremadamente difícil de captar y de neutralizar. Dice Stanley Eddington que bastó con que Copérnico nos invitara a trasladarnos al sol y a mirar de nuevo para que «la naturaleza se desplegara ante él en su aspecto más simple»,<sup>73</sup> el problema es que Copérnico no podía trasladarse hasta el sol —más aún, ni siquiera podemos mirarlo de frente. Como tampoco podía Newton retrotraerse al Big Bang, ni un individuo al momento de su concepción, cuando se produce la combinación de dos herencias genéticas determinadas por diversas generaciones. Tampoco puede un sujeto experimentar la castración cuya representación se instala en el núcleo mismo del inconsciente, al otro lado de la conciencia y de la represión que ésta ejerce; ni el ciudadano que vive y trabaja en el modo de producción capitalista puede presenciar la acumulación originaria que dio lugar al factor económico básico —y por lo tanto al factor básico en general— de su sociedad capitalista: la fuerza de trabajo. Pues la cotidianidad de este último se juega en el interior de las formas fenoméni-

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>71</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 80-84.

<sup>72</sup> Adolf Grünbaum explica este principio de la siguiente manera en *La génesis de la teoría especial de la relatividad*, selección contenida en Albert Einstein et al., *op. cit.*, p. 120: «La luz es la señal más rápida *in vacuo* en el siguiente sentido topológico: ningún tipo de cadena causal (partículas en movimiento, radiación) emitida *in vacuo* en cierto punto  $A$  junto con un impulso luminoso puede alcanzar cualquier otro punto  $B$  antes de que dicho impulso luminoso, donde el “antes que” viene determinado por un reloj local emplazado en  $B$  que se limita a ordenar allí los sucesos de una manera métricamente arbitraria».

<sup>73</sup> Arthur Stanley Eddington, *loc. cit.*, p. 138.

cas capitalistas, y en la experiencia que en éstas espontáneamente predomina: la de que todas las interacciones se juegan en un único nivel, simple y horizontal (el mercado); un nivel en el que opera la competencia entre individuos que comparten todos ellos un plano de igualdad, y donde resulta imposible hallar otros elementos y determinaciones (las clases y los efectos que se derivan de ellas). De todas estas instancias originarias, el sujeto del conocimiento es ya un resultado, y no puede retrotraerse a su propia causa.

A partir del momento en que se instauran, las cuatro instancias fundadoras, primitivas u originarias sólo pueden experimentarse como síntomas en las formas fenoménicas. Pero aquí encontramos una nueva dificultad: los síntomas no se vuelven plenamente interpretables (con lo que se cierra la estructura del giro copernicano) hasta que la instancia original no se comprende y formula conceptualmente. El problema es que para llegar a su comprensión, los síntomas son la única vía. Como vemos, poca distancia separa el círculo vicioso del giro copernicano. Síntomas tales serían las crisis económicas capitalistas, las mutaciones genéticas en el interior de una especie, los síntomas psicoanalíticos (sueños, lapsus, delirios, etc.) y las curvaturas en el espacio-tiempo, finalmente. A las dificultadas ya mencionadas se añade el hecho de que todos ellos se vuelvan evidentes solamente en dimensiones muy extensas del tiempo y del espacio (y en rigor, cada una de estas ciencias no contabilizaría lapsos más largos), no coincidentes con aquéllas en las se desarrollan las actividades que dejan ver las formas fenoménicas. En el caso de Newton hubiese hecho falta experimentar con cuerpos de referencia inmensos para que las deformaciones espacio-temporales que la teoría de la relatividad pronosticaba pudieran hacerse notar.

2.7. Pronto pasaremos al último punto de este ensayo. Consistirá en un sencillo resumen de la estructura que estas teorías comparten, y que acabará por localizar el lugar que la teoría de Marx ocupa en la ciencia, junto con las otras tres propuestas que hemos querido analizar. Antes de ello, sin embargo, me gustaría subrayar que la interpretación que aquí hemos ofrecido contradice abiertamente la visión más generalizada de cuál es la relación entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, y cuáles de ellas han alcanzado un estadio más avanzado de cientificidad. Para comprender la jerarquía que sistemáticamente coloca a las primeras por encima de las segundas (en el sentido de que estas últimas no serían propiamente ciencias), no tenemos más que recordar las furibundas palabras que Karl Popper lanzó contra Thomas Kuhn cuando este último defendió, con toda razón, que las ciencias sociales podían albergar tesis adecuadas para solucionar problemas que ni las ciencias naturales ni exactas habían logrado abordar con éxito. Se trataba, en aquél caso, del misterio del descubrimiento revolucionario –así pues, también del *giro copernicano*. Para esta cuestión, Kuhn estaba dispuesto a buscar auxilio en la psicología y en



la sociología, una propuesta ante la cual Popper reaccionó con rigidez excesiva.<sup>74</sup> Como traté de defender en mi tesis doctoral, este asunto no podrá resolverse sin que se tomen en cuenta, no ya la sociología y la psicología en general (pues en cuanto ceden terreno al *homo-economicus* y *homo-psychologicus* éstas también se vuelven inservibles), sino la teoría económica marxista y la teoría psicoanalítica en particular; sobre todo, la específica determinación que sobre la propia investigación científica ejercen las instancias que Freud logró desentrañar. Y no creo que sea éste el único asunto con relación al cual las ciencias sociales, en su estadio post-copernicano, mostrarían su utilidad. Lo que sí sé es que fue precisamente la *física* la última ciencia en experimentar un giro copernicano que en 1905 (fecha en la que se publican los tres famosos artículos de Einstein) ya habían padecido todas las demás. Lo sustancial de la contribución de Mendel y Darwin había finalizado en 1865; Marx publicó el Libro I de *El capital* en 1867, cuando ya había redactado las otras partes restantes de la obra en forma de manuscrito; y si bien no será hasta bien iniciado el siglo XX cuando Freud introduzca el último de los conceptos determinantes en su teoría (el de *pulsión*), su *Interpretación de los sueños* vio la luz en 1900, y ya contiene mucho de lo que de fundamental tiene su teoría. Sólo en 1916 ofrece Einstein su *Teoría general de la relatividad*, así que (aunque fuese durante unos años) «la ciencia moderna en su disciplina ejemplar –la *nuova scienza* de Galileo, la gloriosa física de Occidente– padecía un agudo provincialismo»,<sup>75</sup> como nos recuerda Ortega, si la comparamos con el resto de las ciencias. «Con sorpresa y congoja hemos descubierto», escribió Stanley Eddington al respecto, «que la física moderna sigue empapada de ese mismo enfoque geocéntrico, y de un modo que no se sospechó hasta hace bien poco».<sup>76</sup>

Efectivamente, Einstein había demostrado que la física seguía padeciendo una alarmante minoría de edad, la misma en la que hasta poco antes se habían encon-

<sup>74</sup> Cfr. Karl Popper, “La ciencia Normal y sus peligros”, en Imre Lakatos & Alan Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento. Actas del Coloquio Internacional de Filosofía de la Ciencia celebrado en Londres en 1965*, trad. cast. de Francisco Hernán, Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 157: «la sociología y la psicología, si se las compara con la física, están asaeteadas por modas y por dogmas no sujetos a control. La indicación de que en ellas podemos encontrar algo que sea descripción pura y objetiva es claramente errónea.

»[...] Por esto es que considero sorprendente la idea de volverse hacia la sociología o la psicología. Y lo considero decepcionante porque muestra que todo lo que anteriormente he dicho en contra de las tendencias y modas psicologistas, especialmente en la historia, fue en vano.

»No, no es éste el camino, como la mera lógica puede mostrar; así que a la pregunta “¿Lógica del Descubrimiento o Psicología de la Investigación?” que hace Kuhn [se trata del título de su ponencia], la respuesta es que mientras que la Lógica del Descubrimiento tiene poco que aprender de la Psicología de la Investigación, ésta tiene mucho que aprender de aquélla».

<sup>75</sup> Ortega y Gasset, “El sentido histórico de la teoría de Einstein”, en Albert Einstein et al. *op. cit.*, p. 167.

<sup>76</sup> Arther Stanley Eddington, *loc. cit.*, p. 138.

trado todas las ciencias naturales y sociales por igual. El propósito de este último párrafo y del baile de fechas del que ha venido acompañado no es en modo alguno el de afirmar que la física fue la más atrasada de todas las ciencias; tampoco, insistir en la prioridad de las ciencias sociales sobre las naturales. Ninguna de estas dos tesis se desprende de nada de lo dicho en este ensayo. Sencillamente, las cuatro ciencias experimentaron su respectivo giro copernicano en fechas muy aproximadas, en el curso de más o menos cincuenta años. Este enfoque contradice la visión del enorme abismo que necesariamente separaría las ciencias naturales de las sociales, dado que hasta principios del siglo XX éstas se habrían desarrollado en paralelo. Este abismo no fue tal, y si existe en el presente (cosa que estoy dispuesto a afirmar) la causa sin duda se encuentra en que las ciencias sociales han prescindido enteramente de los descubrimientos de Marx y de Freud –algo que no han hecho (no todavía, al menos) las ciencias naturales con la teoría de la evolución de las especies y la teoría de la relatividad. Esto es, si existe un abismo entre el nivel de desarrollo y de científicidad alcanzados por la ciencia social y natural, éste se ha originado por prescindir de los giros copernicanos que efectuaron Marx y Freud en la economía y en la psicología, y no al contrario. Esto es motivo de desgracia y de escándalo; un escándalo acerca del cual, en lo que respecta a la ciencia económica de Marx, CFL y LAZ no cesan de pronunciarse.<sup>77</sup> Sobre este inédito caso de *regresión* científica que ha acontecido en las ciencias sociales, las teorías de Marx y Freud cuentan con hipótesis sobradas para explicarlo. A fin de cuentas, incluyen también las razones por las que habrían de toparse con todo tipo de obstáculos<sup>78</sup> –si bien únicamente Freud dejó un método claro de cómo superarlos (la *transferencia* terapéutica). El marxismo, como dijimos, carece de una pedagogía adecuada, que no desemboque en el terror. Ahora bien, en el caso de la ciencia económica de Marx y de su abandono por las instituciones, es obligado referirnos también a la Guerra Fría, un periodo que también contó con Lyssenkos en ambos bandos, científicos dispuestos a doblar el bastón de la ciencia del lado que más conviniera.

## Conclusión

Pasamos ya a resumir, por medio de cuatro breves postulados, el contenido de las teorías revolucionarias a las que hemos dedicado nuestra atención. Se verá así que todas ellas comparten la estructura que define un giro copernicano. Para ello, partiremos de la popular aunque elegante fórmula mediante la cual el físico nortea-

<sup>77</sup> Cfr. por ejemplo, CFL y LAZ, *El orden de El capital*, op. cit., p. 33, aunque el tema es recurrente a lo largo de este primer capítulo.

<sup>78</sup> El texto de Freud “Una dificultad del psicoanálisis”, ya citado, está dedicado a este problema. A su vez, cfr. el texto de Althusser “Sur Marx et Freud”, *Écrits sur la psychanalyse. Freud et Lacan*, op. cit., pp. 225 y ss.

americano John Archibald Wheeler ilustró la originalidad de la teoría de Einstein sobre la relatividad general: «El espacio-tiempo le dice a la materia cómo debe *moverse*; la materia le dice al espacio-tiempo cómo debe *curvarse*». <sup>79</sup> A mi entender, la adecuación de este enunciado reside en que hace dos usos diferentes del término *materia*: el primero se limitaría a traducir la experiencia newtoniana, presa todavía de una forma fenoménica; el segundo uso ya contendría la aportación de Einstein (sería, pues, un concepto de primer orden dentro de su teoría), lo cual quiere decir que se haría cargo tanto de la posibilidad de unificar *materia y energía, masa pesante e inercial*, como de relacionar todo ello con el concepto de segundo orden que hemos localizado en el núcleo de la teoría de la relatividad: la instancia del Big Bang. Acompañando esta transición del primer al segundo uso de término *materia*, se da el cambio del *mover* hasta el *curvar*, un verbo (este último) que ya apunta fuera de la forma fenoménica a la que corresponde el primer significado de *materia*. El término *curvar* alude precisamente a los *síntomas* (las curvaturas del espacio-tiempo) que Einstein detecta en las formas fenoménicas, y que ofrecen la evidencia experimental a su teoría.

Pues bien, tomando como punto de partida la matriz o el parámetro original de la fórmula de Wheeler (a la que le correspondería la letra *a*), nos atrevemos a traducir lo sustancial de los tres giros copernicanos restantes de la siguiente manera:

b. *La lucha por la vida le dice a la especie cómo debe moverse; la especie le dice a la lucha por la vida cómo debe curvarse*: donde el primer uso del término *especie* remite directamente al significado darwinista (esto es, a la suma de los individuos que la componen y que interaccionan dentro de un mismo hábitat natural, según las sencillas variables que componen la obtención de alimento y la reproducción); mientras que el segundo uso del término *especie* no haría referencia a los individuos sino a su herencia genética (a sus caracteres mendelianos, genes, cromosomas, etc.), cuyas leyes específicas de combinación complican (o mejor aún, *sobre-determinan* —pues éste es el significado profundo del verbo *curvar*) la lucha por la vida, puesto que dan lugar a aquellos rasgos que conducen, a la postre, a *una nueva especie*.

c. *La economía le dice a una sociedad cómo debe moverse; la sociedad le dice a la economía cómo debe curvarse*: donde, de nuevo, el término *sociedad*, en su primer uso, contiene el significado que le da la teoría económica capitalista (esto es, se aplica a una *sociedad civil* compuesta por individuos que interaccionan en el plano único y horizontal del mercado —de ahí la tautología de la primera parte de la frase). El segundo uso de *sociedad*, en cambio, ya hace referencia a la teoría marxista, esto es, a las *clases sociales* tal y como éstas emergen tras la acumulación primitiva, de cuya lucha en el seno del modo de producción capitalista resulta que la economía se *curve*, en forma de la *crisis* (su peculiar síntoma).

<sup>79</sup> John A. Wheeler, *A Journey into Gravity and Spacetime*, Scientific American Library, San Francisco: W. H. Freeman, p. xi.

d. *La conciencia le dice al sujeto cómo moverse; el sujeto le dice a la conciencia cómo debe curvarse*: dónde, finalmente, el sujeto aparece primero representado de acuerdo con el *homo-psychologicus* que hoy impera en las ciencias humanas. Enteramente coincidente con el espacio de su conciencia, a este sujeto le mueve sólo un interés consciente que, a su vez –hemos de suponerlo–, se hallaría influido por las representaciones del modo de producción capitalista que se realizan sin conocimiento de sus formas fenoménicas que las determinan. En su segunda aparición, sin embargo, el término *sujeto* ya es de tipo freudiano (perteneciente al psicoanálisis), y su definición se hace cargo de la castración, así como de las formaciones inconscientes y configuraciones libidinales que aquélla trae consigo. Ellas sobre-determinan la producción consciente del sujeto de tal forma que en ella aparecen los síntomas.

\* \* \*

Como avisamos al comienzo del artículo, abandonamos el mismo sin haber podido incluir por motivos de espacio una sección en la que abordar otro de los temas importantes que CFL y LAZ tratan en su libro. Se trata de la relación, según ellos armónica, que existiría entre los principios fundamentales del derecho tal y como la Ilustración lo concibe (igualdad, libertad y autonomía civil) y las tesis económicas de Marx. Como ha ocurrido siempre que nos hemos referido a *El orden de El Capital*, nuestro deseo de abordar esta cuestión no es azaroso, sino que viene motivado por la propia inercia y sentido de la investigación que estamos llevando a cabo. Con todo, si los argumentos que hemos venido defendiendo en este texto han *ampliado* o quizá *radicalizado* alguno de los que CFL y LAZ presentaban sobre estos mismos asuntos (y además lo han hecho sin entrar en contradicción con ellos), la cuestión que dejamos fuera hubiese incitado más a la confrontación y a la polémica. La posibilidad de formular los contornos de un derecho atento al contenido científico de estos giros copernicanos (o al menos, de los que se dieron en las ciencias sociales) nos interesa en sí misma; sirva esto como garantía de que esta tercera sección aparecerá pronto. Hasta entonces quizá sea conveniente avanzar uno de los títulos que habíamos previsto para ella, pues la continuidad que mantiene con los epígrafes de este texto delata el carácter unitario del proyecto tal y como se concibió originalmente. Un título posible para la sección que dejamos fuera sería éste: “*No la Ilustración, sino el proyecto ilustrado; o por qué las leyes del derecho habrían de derivarse de las leyes científicas*”.

Luis S. Villacañas de Castro  
Universitat de València  
Luis.Villacanas@uv.es